terio de la encarnacion, que les es aplicable el mismo argumento.

La union íntima de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, *el Verbo hecho carne*, es el hecho radical del cristianismo. Toda la religion debe respirar esta misma union, y debe estar enteramente penetrada de las consecuencias que de ella emanan; en cada una de sus partes debe descubrirse como un reverbero de la encarnacion.

Seriamos inconsecuentes si tomáramos aisladamente el dogma de la encarnacion para admitir en seguida comunicaciones inmediatas y puramente espirituales entre Dios y el hombre; pues ¿con qué objeto se habria Dios encarnado sino porque la naturaleza humana tenia necesidad de un *mediador*, y de un mediador *vivible*? ¿Acaso el Verbo eterno no habria venido mas que un momento á la tierra con el solo objeto de revestir á nuestra carne con un traje de teatro, y acabada su mision dejarnos como antes, sin comunicacion con el mundo invisible, y obligados hasta cierto punto, segun la bella espresion de San Pablo, á *buscar á Dios con las manos y como á tientas?* No: vino á crear un nuevo órden de cosas, fundado en la encarnacion, en la mediacion visible de la verdad, que segun Bossuet, vino á residir personalmente entre los hombres, y á este fin fundó una Iglesia en cuya palabra se encarnó su doctrina de la misma manera que su gracia en los Sacramentos.

Esta es la razon porque no hay verdadero cristianismo mas que en el catolicismo; porque el catolicismo manifiesta siempre en la enseñanza de la doctrina, en la administracion de los Sacramentos y en su culto y ceremonias, relaciones de un mismo género, y porque hay en su conjunto como una magnífica reproduccion de la encarnacion; mientras que el protestantismo, haciendo abstraccion del cristianismo, y borrando todas sus relaciones sensibles, lo ha convertido en una inconsecuencia disolvente que de grado en grado ha ido llegando hasta el principio, hasta el dogma de la encarnacion, y él ha espirado en el aislamiento, y se ha desvanecido en el espacio,—dejando en pos de sí el socinianismo y el deismo, al cual habia de llegar necesariamente por semejante camino.

Los sacramentos son pues como los órganos divinos de la encarnacion; por su medio se particulariza en cada uno de nosotros la encarnacion divina en Jesucristo, convirtiéndose así todos los fieles, junto con su divino mediador, en un solo cuerpo místico, en el cual él vive en ellos, y ellos en él.

De este modo se justifica la institucion de los sacramentos con razones tan fuertes como numerosas, y todo concurre á descubrirnos en el cristianismo bien estudiado y comprendido una filosofía eminentemente elevada.

4.º Si de este estudio del principio de los sacramentos pasamos al de los varios sacramentos en particular, volverémos á encontrar la misma sabiduría y la misma providencia.

Los sacramentos son siete, distribuidos para toda la carrera de la vida del hombre; es decir, para socorrer todas sus necesidades, presidir á todos sus periodos mas importantes é inaugurar todos sus cambios mas notables.

El hombre nace á la vida de la carne al entrar en el mundo, á la vida de la inteligencia y de la voluntad al entrar en la adolescencia, á la vida social al entrar en la edad madura, y en fin á la vida eterna al morir.

Ademas de estos cuatro periodos de la vida, puede decirse que desde el segundo el hombre renace ó puede renacer todos los dias por medio de la accion repetida de su libertad sobre su perfeccionamiento moral.

Los siete sacramentos corresponden de la manera mas admirable á estos diversos estados de nuestra ecsistencia.—El Bautismo es la *puerta* por donde entramos en la sociedad cristiana, nos *lava* ante Dios del pecado original, nos reviste de la inocencia como de un *vestido blanco*, y nos hace pasar de la *familia* de Adam á la de Jesucristo.—Deposita en nuestra alma una levadura de gracia que fermenta en secreto, se desarrolla con nuestra razon y voluntad, y tiende á neutralizar la antigua levadura de la concupiscencia que está en nuestra carne, y que debe causar mas adelante tantos desórdenes.—La segunda edad, la de la adolescencia, trae consigo el ardor de las pasiones y el ejercicio de nuestra voluntad. Esta es la edad crítica y ordinariamente decisiva en la vida del hombre. Hasta aquí no ha hecho mas que preludiar sus destinos, que han estado en manos de otro y van á pasar á sus propias manos. ¡Epoca terrible y fatal para la virtud, en que empieza el combate, en que la vida y la muerte empiezan una lucha terrible!—En este momento solemne interviene segunda vez la Religion para *confirmar* la gracia del bautismo, *ungir* al jóven atleta, *señalarlo* en la frente con la señal de salud que debe distinguirlo en la pelea, é imprimirle en la *mejilla*, con la señal de la afrenta, el valor para sobrellevarla hasta la muerte por la santa causa del deber, en la cual se halla alistado.—Pero esto no es aun bastante: si la confirmacion da armas y dispone para la lucha, no nos hace invulnerables, y nos deja correr peligros mortales, en los cuales mas de una vez podriamos sucumbir y recibir heridas que nos pondrian fuera de combate. Previendo esto, la Religion cristiana nos hace acompañar, desde este momento, por dos sacramentos, que á diferencia de todos los demas, pueden recibirse con frecuencia, de los cuales el uno es como el *vulnerario* y el otro el *cordial* del alma. Hablamos de la Confesion y de la Eucaristía, en cuyo ecsámen entraremos luego muy detenidamente.—Llega la edad madura, la edad social, en que la vida, hasta entonces agitada y vacilante, se fija y puede todavía rescatar muchos años de disipacion y de escándalo por años de arrepentimiento y edificacion. En la primera edad el hombre es conducido por otro; en la segunda debe conducirse á sí mismo, y en la tercera conducir á los demas. Ofrécense á su eleccion dos estados, ambos grandes, ambos santos, ambos dignos de interesar á la Religion en las nuevas necesidades que los dos han de producir; ambos en fin

aunque opuestos en apariencia, enteramente unidos por profundas analogías.

¡Entrar por medio del matrimonio en la cadena de las generaciones y trasmitir el fuego de la vida; formar de dos ecsistencias una sola, y de esta sola ecsistencia hacer que salgan muchas, cumplir los fines augustos de la naturaleza, y asociarse en cierto modo á la grande obra de la creacion, y no solamente de la creacion física, sino de la creacion moral, cuya accion á su rededor es tan fecunda para el mal ó para el bien; ser esposo, ser autor de la ecsistencia! Este es el primer estado en el órden de la naturaleza, para el cual la Religion debia reservar un socorro particular. La union de los secsos, esta fuerza ciega que siembra las generaciones en los reinos inferiores, y que se disuelve con la impulsion física que la determina, se halla elevada en el hombre á la dignidad de contrato social, y es la obra de la libertad, de la reflecsion, del sentimiento ilustrado por el pensamiento. La Religion la eleva mas todavía, y la remonta á la altura de sacramento; Dios mismo interviene en ella con sus gracias y la convierte en un acto no solamente lícito y noble, sino santo, en el cual él mismo toma parte, lo regala con la dote invisible de las virtudes, y lo arregla segun nuestros intereses eternos y segun su gloria. El sacramento del Matrimonio corresponde así admirablemente á los instintos de la naturaleza, imprimiéndole un sello de dignidad y de santificacion que la purga de todos sus desórdenes, y convierten en el mayor bien del hombre el agente mas terrible y acaso el mas inmediato de la concupiscencia.

El otro estado de la vida, para el cual ha establecido tambien la Religion un sacramento, es el del celibato religioso, del sacerdocio. Estado tan sublime, tan santo, tan puro, que puede decirse que tiene mas de ángel que de hombre, pues que no deja á este último un cuerpo sino para consagrarlo al servicio de Dios y de los hombres, y convertirlo en mediador de las gracias celestiales, y hasta cierto punto en un sacramento entre sus hermanos. Las razones de este admirable estado corresponden á muchas órdenes de ideas que seria demasiado difuso indicar ahora; pero dirémos tan solo que tiene un objeto eminentemente social y fácil de comprender.

El matrimonio concentra los recursos y la solicitud del hombre en la familia de que es jefe, y á la cual se debe en primer lugar todo entero. Bajo este punto de vista el hombre es perfecto para la familia que cria y alimenta, mientras la fortuna le sea próspera. Pero, para las demas familias arruinadas, como hay tantas en la tierra; para todos esos niños sin padre, esos ancianos sin hijos, esas viudas sin apoyo, y aun para esas familias, que aunque no les falta ninguno de sus miembros, son como huérfanos de la Providencia; y en fin, hasta en el seno de la opulencia, para todas esas angustias, tanto mas punzantes cuanto mas secretas son, y para esos males tanto mas horibles cuanto que están cubiertos con la apariencia de todos los bienes, para todos esos abandonados de la fortuna y de la felicidad, cualesquiera que sean, en una palabra, el matrimonio tiene algo de esclusivo, de personal, de sordo, que con frecuencia no ve en todas estas miserias que pululan á su rededor, mas que un objeto de temor y de ansiedad para sí mismo, y que le hace escasear tanto mas sus socorros á medida que ve á los otros mas privados de ellos.—El sacerdocio cristiano equilibra precisamente este estado por medio del celibato religioso. Balancea la fuerza absorbente del matrimonio con la fuerza espansiva de la abnegacion y de la caridad. Aparta del matrimonio y de la familia algunas ecsistencias y algunas fortunas, solo para reservarlas en favor de los que se hallan privados de los ausilios y dulzuras del matrimonio y de la familia; y mientras el matrimonio funda y propaga, el sacerdocio viene detras de él á reparar y conservar. Intercesor de los pobres para con los ricos, limosneros de los ricos en favor de los pobres, consolador y confidente de todos, y en cierta manera *corredor* de la Providencia, siendo, en fin, *de todos* para ser *todo de todos*, introduce entre los diversos miembros de la familia humana, aislados por sus intereses respectivos, el dulce lazo de la fraternidad, de la caridad, y los enlaza tanto mas cuanto que los junta en el centro de toda caridad, en el corazon mismo de Jesucristo.—Tal es el fin eminentemente social del celibato religioso en el cristianismo.

Pasando á otro órden de ideas, podemos añadir que el sacerdote cristiano, para ser digno órgano de la autoridad y de la santidad divina, para ser superior á los hombres, debe mostrarse en sí mismo superior al hombre: este sentimiento es el que, entre casi todos los pueblos del universo, ha hecho considerar la castidad como la primera condicion del sacerdocio. En el cristianismo esta condicion debia ser mas rigorosa, porque esta Religion es el espiritualismo por escelencia y se dirije, por medio de todos sus dogmas, su moral y todas sus prácticas, á formar en nosotros *el hombre espiritual;* es decir, la preeminencia del espíritu sobre la materia, del alma sobre los sentidos.

Estas consideraciones, tan incompletas como son, bastan en la actualidad para dar á conocer la eminencia del sacerdocio cristiano, y la necesidad de un sacramento especial para investirlo de todas las gracias que deben santificarlo.

Tal es el objeto del sacramento del Orden. Perpetúa en el seno de la Iglesia la mision apostólica que aquella recibió de Jesucristo; trasmite y comunica á traves de las edades el sagrado fuego conque le anima, y bajo este respecto cumple en la sociedad religiosa con los mismos fines que el matrimonio en la sociedad civil. Marcando al sacerdote con un sello indeleble, le da los socorros que, unidos á los que sobre él refluyen de la administracion de los sacramentos, y sobre todo á los que él mismo atrae directamente sobre sí todos los dias en el de nuestros altares, lo elevan en general hasta un grado de santidad que cautiva nuestros respetos; y aun cuando alguna vez se muestre infiel á su carácter, lo constituyen, á pesar de su indignidad, en dispensador de las mas puras y abundantes gracias,

pues estas no dependen de los ministros sino de los sacramentos.

En fin, la vida del hombre, cualquiera que sea el estado que haya abrazado, cualquiera que sea el camino que haya recorrido, del crímen ó de la virtud, de la prosperidad ó del infortunio, llega á la muerte que es como un angosto y sombrío desfiladero, por el cual todos los hijos de Adam están condenados á pasar para dirijirse al tribunal de Dios y empezar en él sus eternos destinos. En este momento supremo en que el hombre va á dejar de obrar, en que todo lo que ha hecho en vida va á serle imputado en juicio, sin que pueda volverse atras para enmendarlo, y en que la cuenta de sus acciones, cualesquiera que hayan sido, va á ser fijada para siempre, la Religion cristiana interviene tambien por medio de un sacramento último, y así como por el Bautismo nos habia introducido primero en la vida de la gracia, por la Estremauncion nos llama otra vez á ella, y nos introduce de nuevo en ella por la última vez junto á los umbrales de la muerte.

La Estremauncion es como el Bautismo de la otra vida, solo que se halla colocada del lado de acá, porque del lado de allá la justicia tiene ocupada la entrada. Nos hace morir al pecado antes que muramos á la naturaleza; cierra sucesivamente las puertas de la concupiscencia, y hace entrar de nuevo la gracia del perdon por el mismo sitio donde se habia perdido de la inocencia. *Por esta santa uncion*, dice el sacerdote, *el Señor te perdone todo el mal que hiciste con la vista, el olfato, el tacto*, &c.; y con estas palabras, con la uncion que las acompaña y las sublimes oraciones que las siguen, revive en el alma fiel la vida de la gracia, y se obra con frecuencia en ella una alegría y una paz tan sensibles, que el mismo cuerpo encuentra en ellas un principio de mejoria, y el alma bendice y ama siempre los padecimientos, mas á veces que los criminales placeres de que son dolorosa expiacion.

Los siete sacramentos están de esta manera distribuidos para presidir á todos los periodos notables de la vida, é introducir en nuestra alma gracias especiales conforme á sus diversos estados.

Indudablemente la gracia en su principio es la misma, es siempre la virtud de la pasion de Jesucristo; pero se nos comunica por los sacramentos en proporcion á nuestras necesidades; se especializa en sus efectos y se modela hasta cierto punto á nuestras debilidades, para ponerse al alcance de nuestra voluntad, entrar en nuestras disposiciones mas diversas, y ponernos en estado de corresponder á ella y de seguirla luego hasta á su principio y fin supremo, que es Dios.

El que reflecsione sobre la debilidad humana y su gran miseria, comprenderá cuán profundas son la sabiduría y bondad de una Religion que tan bien sabe ponerse en contacto con nosotros! encaminarnos sin cesar á la perfeccion misma de Dios, y, teniendo siempre en cuenta y conciliando á la vez su auxilio y nuestra libertad, su accion divina y nuestra fé, su sublimidad y nuestra bajeza, dirijirse á sus fines con una fuerza invencible por medios cuya condescendencia y suavidad nada iguala.

Pero para completar este estudio, debemos volver á tratar de los dos sacramentos que son como el nervio y el alma del cristianismo: la Confesion y la Eucaristía.

Aunque por su naturaleza y su título corresponde esta materia al presente capítulo, conforme al principio prometimos, su importancia nos los hace dejar para otro capítulo especial.

CAPITULO XVI.

LA CONFESION Y LA EUCARISTÍA.

Si entre todos los dogmas y prácticas del cristianismo se quiere saber cuáles son los mas admirables, no hay necesidad sino de ecsaminar cuáles han sido los mas insultados: la espuma honra al freno.

Bajo este supuesto debemos esperar que encontraremos en los dos sacramentos propuestos abundante materia de estudio, y de él debe salir confirmada esta otra verdad general, á saber: que es propio de todo lo que es profundamente sabio y verdadero el parecer superficialmente incomprensible y contestable, precisamente porque son profundas sus razones.

Vamos á ocuparnos primero de la Confesion y despues de la Eucaristía, y en fin, de las relaciones que entre sí tienen estos dos sacramentos.

I.

"No hay ningun dogma católico que no tenga "sus raices en las últimas profundidades de la na-"turaleza humana, que no esté apoyado en algun "sentimiento innato, como nuestra propia ecsisten-"cia, y por consiguiente en alguna tradicion uni-"versal y tan antigua como el hombre;.... descue-"lla sobre todo esta verdad en el dogma de la con-"fesion y de la penitencia. En este punto, como "en todos los demas, el cristianismo ha revelado el "hombre al hombre; se ha apoderado de sus incli-"naciones, de sus creencias eternas y universales; "ha puesto de manifiesto sus antiguos fundamentos; "los ha purgado de toda mezcla estraña, de toda "mancha; los ha honrado con el sello divino, y so-"bre estas bases *naturales* ha establecido su teoría "*sobrenatural* de la Penitencia y de la Confesion "sacramental."

Estas bellas reflecsiones son de José de Maistre (1). Si no las hubiera hecho nunca mas difíciles de justificar, se hubiera librado con mas facilidad de la nota de paradoja, nota á que ha estado mas espuesto cuanto menos lo ha merecido; pues, semejante este brillantísimo talento á un cometa, tiene su aparente irregularidad y con frecuencia inspira tambien todo su terror.—Ecsaminemos ahora la ecsactitud de su reflecsion:

(1) *Veladas*, t. II.—*Del Papa*, t. II.

I. La Confesion, bajo el punto de vista mas humano, es la *confidencia*. ¿Hay algo mas natural que la confidencia, ese movimiento de un corazon *que se inclina hácia otro para depositar en él un secreto*....(1)? Esta verdad sirvió un dia para una feliz reflecsion, en boca del cardenal de Cheverus. Habiéndole dicho una señora protestante que lo que mas le repugnaba en la Religion católica y le impedia siempre abrazarla, era el precepto de la confesion: "No, señora, la contestó el amable "apóstol, no os repugna la confesion tanto como "vos misma creeis; al contrario, sentís su necesi-"dad y su valor, pues hace mucho tiempo que os "estais confesando conmigo sin pensarlo. La con-"fesion no es otra cosa que la confidencia de las "penas de la conciencia, que vos me esponeis para "que os dé mi consejo (2)."

Esta necesidad de la confidencia es innata en el corazon del hombre: todos la esperimentamos en las amarguras como en la alegría; pero sobre todo en las amarguras. Todos nos encorvamos bajo el peso de la tristeza, de la contradiccion, de la inquietud; buscamos entonces una alma que suspenda sus propios cuidados para interesarse en los nuestros, y no la encontramos: el sitio está ya ocupado. Los mas desgraciados, es decir, los que mas necesidad tienen de un confidente, son precisamente los que menos lo encuentran, y se ven obligados á beber sus lágrimas en secreto por faltarles una mano discreta que se digne enjugarlas. Los mas felices, queremos decir, los que mas lo parecen, sienten igual necesidad; y si es cierto que las penas mas penetrantes son las mas íntimas, es menester convenir tambien en que son las mas inconsolables, porque las causan aquellos á quienes las confiariamos si no fuesen ellos mismos sus autores. Además, ¡cuántas penas *indecibles*, cuántas dificultades de delicadeza, que seria imposible y peligroso confiar á cualquiera otro! ¡Cuántas confidencias inconsideradas han corrompido y despedazado el corazon que debian haber purificado y consolado! No basta encontrar una alma atenta y dispuesta á lo que se busca; es preciso encontrarla pura, discreta, generosa, llena de esperiencia é ilustrada, y no basta encontrarla una vez y para una cosa que le interese, sino mil veces y para las cosas que nos son mas esclusivamente personales y que solo á nosotros interesan. ¿Dónde encontraremos una alma semejante? ¡Cuántos corazones desgraciados se entregan al crímen ó á la desesperacion por no haberla encontrado (3)!

La Confesion satisface admirablemente esta gran necesidad del corazon del hombre. Ofrece á nuestra eleccion una multitud de hombres distinguidos, con cuya amistad se honran los potentados y que no se niega á los mas infelices; hombres que reunen todas las condiciones de virtud, de sabiduría y de esperiencia; que ni por la mas feliz casualidad encontrariamos en otra parte, y á las cuales ellos juntan un espíritu de abnegacion y de sobrenatural caridad, que procede de la fuente de su ministerio. Por su estado, el cual desempeñan generalmente con ardor, nos esperan á todas horas, de dia y de noche, cualesquiera que seamos, pobres ó ricos, sabios ó ignorantes, y al momento que queremos escuchan con atencion, con paciencia y sin cansarse, la relacion de nuestras mas viles miserias; entran sin repugnancia en los detalles mas vulgares de nuestra situacion; comparten con nosotros nuestras penas; las alivian con solo escucharlas, y acaban por consolarnos señalándonos los medios para cegar su fuente, que ordinariamente es la de nuestros estravíos, empleándose á veces ellos mismos en quitárnoslas, y haciéndonoslas aceptar siempre por un espíritu de resignacion y de sacrificio, que saben inspirar con tanta mas facilidad, cuanto que su vida entera nos da el ejemplo. Para acabar de pintar todo el mérito de esta admirable institucion, señalaremos dos de sus condiciones que mas bellezas respiran: la primera es que el confidente se halla ligado por el mas formidable empeño á la ley del *secreto* mas inviolable, y que es tan fiel en este punto, que entre tantos millones de casos no se encuentra ni un solo ejemplo de violacion, por mas críticas que hayan sido las circunstancias, y hasta cuando el confesor haya tenido alguna vez la desgracia de faltar á todas sus demas obligaciones (1). La segunda condicion, que garantiza la primera y hace del confidente no solamente un hombre discreto sino un hombre desinteresado y sacrificado, es que se ha prohibido á sí mismo el contraer esos vínculos de afeccion, de familia ó de negocios, que podrian convertirlo parte en lo que solo debe ser juez, que lo espondrian á la seduccion, y lo distraerian de la solicitud y de la caridad con que debe hacerse amar de todos.

De todos, y este es tambien un punto de vista admirable, sobre el cual es preciso insistir. A los piés del confesonario, cualquiera que sea el rango del ministro que en él se sienta, todas las condiciones se mezclan y confunden. Allí no hay preeminencia ni favor: todo sér humano, sea el que fuere, tiene derecho de llegarse á su vez, de obtener igual atencion, igual compasion, y el grande de la tierra se ve con frecuencia obligado á esperar, y á esperar por mucho tiempo, que las amarguras que acaso él mismo causó á un humilde doméstico suyo, hayan sido consoladas por la misma boca que guarda para él lecciones mucho menos suaves.

Pero no le basta aún al confesor tener su puerta siempre abierta á todo el que se presenta: él mismo irá, si es menester, volará á la cabecera de la cama del enfermo, cualesquiera que sean su morada y su estado, se sentará sobre la paja en que

(1) Palabras de Bossuet.
(2) *Vida del cardenal de Cheverus*, p. 60.
(3) Sucede esto sobre todo en los tiempos de una revolucion como la nuestra, en que el continuo trastorno de condiciones é intereses engendra y fomenta á la vez tantas ambiciones y tantas esperanzas, y en que el rompimiento de los lazos domésticos y sociales irrita con el aislamiento los corazones heridos ya or la decepcion.

(1) "Es singularmente prodigioso, es tal vez hasta milagro-"so, que entre todos los crímenes de la revolucion francesa, no "se haya oido hablar nunca de ninguna revelacion penitencial "y sacramental por parte de algun sacerdote apóstata." (*Memorias de la marquesa de Crequy*, t. v.)